

UNO DE LOS MÁS AUDACES INNOVADORES EN LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO HUMANO

Isaiah Berlin



Los logros de Vico son impresionantes. Desarrolló importantes y audaces ideas sobre la naturaleza del hombre así como sobre la sociedad humana. Atacó las nociones de su época sobre la naturaleza del conocimiento, descubrió la idea de cultura, y se adelantó a la estética de los románticos e historicistas. También inventó la antropología y la filología comparadas e inauguró una nueva manera de abordar la historia y las ciencias sociales.

Vico's achievements are astonishing. He put forward audacious and important ideas about the nature of man and of human society. He attacked current notions of the nature of knowledge and virtually invented the idea of culture and anticipated the aesthetics of romantics and historicists. He also invented comparative anthropology and philology and inaugurated the new approach to history and the social sciences.

Giambattista Vico murió en 1744 y desde entonces se ha mantenido como una figura peculiar en la historia del pensamiento. Famoso en el país donde nació, su nombre es escasamente conocido fuera de sus fronteras. En cuanto a sus ideas, raramente son mencionadas incluso entre los filósofos profesionales, por lo menos en los países de habla inglesa. Y sin embargo es uno de los más audaces innovadores en la historia del pensamiento humano. Tal fama se la debe principalmente a dos hombres: al historiador Jules Michelet, quien dijo de él casi al final de su vida: "No tuve a más maestro que Vico. Su principio de fuerza viviente, de que la humanidad se crea a sí misma, me hizo concebir mis libros y enseñanzas"¹; y al filósofo Benedetto Croce, quien admiró su genio incansablemente a lo largo de su extensa y fructífera actividad. A pesar de ello, Vico se encontró en su propia época, y todavía lo está en la nuestra, en la periferia de la tradición filosófica principal. No se ha introducido en el canon, se halla entre los apócrifos —una figura extraña y aislada, de interés a los especia-

Cuadernos sobre Vico agradece al Dr. Henry Hardy el ofrecimiento realizado al traductor, Dr. Enrique Bocardo, del dactiloscrito con la versión mecanografiada de "One of the Boldest Innovators in the History of Human Thought" de Sir Isaiah Berlin, conteniendo correcciones y referencias añadidas por el editor Dr. Hardy. Igualmente, la Dirección de la revista agradece a Random House, Inc., New York, el permiso para la publicación en esta revista de la presente traducción (Copyright and Permissions Department, 20-11-1997).

listas en la filosofía de la historia o del pensamiento y la literatura italiana, o a los estudiosos de comienzos del siglo dieciocho. Como Berlioz entre los compositores de hace medio siglo, o Piero della Francesca con los pintores del siglo diecinueve, es un maestro admirado por un grupo reducido, pero rechazado con unas cuantas frases por la mayoría de los escritores oficiales.

Y a pesar de eso, los logros de Vico son asombrosos. Propuso audaces e importantes ideas sobre la naturaleza del hombre y la sociedad humana; atacó las nociones vigentes sobre la naturaleza del conocimiento, de la que reveló, o por lo menos identificó, una variedad fundamental, que hasta entonces no se había discutido; descubrió virtualmente la idea de cultura; su teoría sobre las matemáticas tuvo que esperar hasta nuestro siglo para que se reconociera como revolucionaria; anticipó la estética de los románticos e historicistas y casi llegó a transformarla; creó virtualmente la antropología y filología comparadas e inauguró la nueva aproximación a la historia y las ciencias sociales que ella supuso; sus nociones de lenguaje, mito, derecho, simbolismo y la relación de lo social con la evolución cultural, comportan intuiciones de genio; fue el primero en realizar la celebrada distinción entre ciencias naturales y humanidades, que se ha sido crucial desde entonces. Y sin embargo, contrariamente con lo que ocurre con los filósofos de la antigüedad clásica, o con Descartes, Espinosa, Leibniz y Locke, Berkeley y Hume, Kant y Hegel, se ha mantenido fuera de la tradición central. Después de haber sido descubierto por algún que otro defensor de su pensamiento –por Coleridge, o Leopardi, o Michelet– cayó una vez más en el olvido; redescubierto más tarde en el último siglo, fue de nuevo olvidado salvo en en la tierra donde nació.

Hoy en día, se ha empezado a sentir un nuevo interés por él, pero parece improbable que dure –Vico será probablemente ignorado una vez más, tan sólo para ser desenterrado de nuevo por pensadores indignados ante su falta de reconocimiento. La principal razón de este destino reside probablemente en la oscuridad y en la naturaleza caótica de su obra. Su pensamiento es un intrincado bosque de fructíferas ideas, de citas y larvadas alusiones, de divagaciones y excursos inesperados, rico, extraño, confuso, sorprendente, inmensamente sugestivo, y sin embargo ilegible. Demasiadas ideas nuevas forcejean por encontrar expresión a un mismo tiempo, intenta decir demasiado sobre demasiado; las ideas pugnan y se oscurecen entre si y aunque esto le otorgue una especie de turbulenta vitalidad a todo lo que escribe, no por ello consigue ser lúcido o elegante. El lector llega a sentirse atiborrado, confundido y exhausto; ninguna idea es propiamente presentada ni desarrollada, o siquiera organizada en el marco de una estructura coherente. Es un estilo sufrido. Como Heine dijo de Berlioz, carecía del talento necesario para su genio. A pesar de eso, mucho de lo que tiene que decir es de cardinal importancia –original y convincente.

La vida de Vico se asemeja de alguna manera a sus escritos: mal organizada, frustrada, sin el reconocimiento que se merecía. Su padre fue un librero pobre de Nápoles, de suerte que tal vez le deba en buena parte su considerable, si bien poca sistemática, erudición a las oportunidades que le ofrecieron los libros y las conversaciones con los clientes de su padre. Un accidente en su temprana juventud lo convirtió en tullido y socavó su salud. Siempre pobre, su vida fue una larga lucha por mantener viva a su familia y a sí mismo, le resultó difícil que los estudiosos mostrasen interés por sus obras, si bien al final de su vida obtuvo alguna fama. Fue profesor de retórica en la Universidad de Nápoles, pero el puesto no estaba muy bien remunerado, por lo que se vio obligado a suplementar su salario con constantes

trabajos de ocasión para personas notables de cuya merced dependía. Estuvo, en suma, acasado por la miseria, irritable, un estudioso patético de alguna manera, que escribía cuándo y cómo podía, en una sociedad que no reconoció sus extraordinarias dotes. Y sin embargo, a pesar de su persistente lucha por el reconocimiento, sabía que, cuando concibió sus principales ideas de la *Ciencia Nueva*, el cliché tópico de adentrarse en una tierra no pisada anteriormente por pie humano era, en su caso, genuinamente legítimo: supo que había realizado un descubrimiento de genio y esto le sirvió de sostén.

¿Cuál fue este descubrimiento? En esencia consiste en esto: que los hombres son capaces de comprender su propia historia de una manera diferente a y, según Vico, superior a como entienden las obras de la naturaleza; asimismo y como corolario de ello, que comprender algo, no meramente ser capaz de describirlo o de analizarlo en sus partes componentes, es comprender de qué manera ha llegado a existir: su génesis, su desarrollo, que su esencia consiste en convertirse en lo que es; en resumen, que la verdadera comprensión es siempre genética y que en el caso de los hombres y sus obras, siempre histórica, no intemporal ni analítica.

Los estudios históricos de manera alguna fueron descuidados hacia el final del siglo diecisiete. De hecho, los eruditos clásicos, tanto dentro como fuera de la iglesia, estaban echando los cimientos de la ciencia histórica. Los estudios históricos, no obstante, eran considerados con suspicacia por los grandes maestros intelectuales de su tiempo, los matemáticos y científicos naturales cuyos logros constituían la gloria de la época. Descartes y sus discípulos dominaron el pensamiento en la juventud de Vico y Descartes dejó sentado que el verdadero conocimiento descansa en claros e irrefutables axiomas y en la aplicación de reglas gracias a las cuales las conclusiones se pueden derivar rigurosamente de premisas tales que el sistema pueda construirse para garantizar la lógica de todas sus partes.

Sólo sobre fundamentos tan firmes se puede construir una genuina estructura del conocimiento verdadero. ¿Dónde están las reglas de transformación, las conclusiones demostrativas de la historia? ¿Qué teorema histórico se ha probado más allá de toda posible duda? La historia se parece a un viaje, un agradable pasatiempo, pero ninguna investigación del pasado por minuciosa que sea puede convertirse en conocimiento en el sentido en que el formidable progreso de las ciencias naturales lo estaban claramente consiguiendo. En las ciencias los hombres construyen encima del trabajo de sus predecesores: una generación posterior puede ver más allá o más profundamente que la anterior, se empina sobre sus hombros, pero en las humanidades —al recobrar el conocimiento del pasado— lo mejor que podemos saber es tan sólo lo que ellos ya conocieron. Sobre la naturaleza sabemos más que los antiguos, pero ¿qué podía, preguntaba Descartes, descubrir el estudiante más erudito de Roma que no supiera ya una esclava de Cicerón? ¿Es eso progreso realmente? Además, los métodos usados por los historiadores eran cualquier cosa menos científicos, ni demostrativos ni experimentales y, por consiguiente, indignos de respeto: sus conclusiones puede que resulten entretenidas, pero carecen de importancia. Ningún hombre honesto interesado en promover el conocimiento debería malgastar el tiempo en tales averiguaciones.

También hubo otra trinchera desde donde se atacó a la historia. Desde mediados del siglo quince los escépticos habían señalado que había escasas razones para confiar en los historiadores: propendían a ser subjetivos, parciales y, cuando no realmente venales o corruptos de alquiler, capaces, por vanidad, o por orgullo patriótico, o por espíritu partidiso-

ta, o por pura ignorancia, de distorsionar la verdad. Después de todo la historia descansa sobre el testimonio de sus testigos. Si el historiador estaba interesado en los asuntos que el mismo describía, resulta inevitable que acabe siendo parcial, de lo contrario, probablemente no tendría acceso directo a la información vital que solamente los participantes poseían y que difícilmente se podría divulgar. De manera que el historiador o se compromete con los sucesos que describe y se hace parcial, o sin interés personal en ellos corre el riesgo de ser engañado por quienes están interesados en doblegar la verdad hacia su lado; o alternatively, se sitúa demasiado lejos de las fuentes de información para acceder a un conocimiento fiable. De ahí el notorio hecho de que los historiadores se contradigan tan libremente unos a otros y de que las opiniones varíen de época en época y de historiador a historiador.

¿Cuál era pues el valor de esta clase de chismorreos sistematizados? Si uno intentaba desentenderse de las fuentes literarias y servirse únicamente de los monumentos que sobrevivían, no se contaba con la suficiente evidencia de la vida real, de los motivos, propósitos y acciones de los seres humanos que el historiador estaba intentando describir y explicar. Los monumentos se podían encajar en casi cualquier teoría; eran demasiado vacíos, demasiado inexpresivos.

A Vico le impresionó esto al principio —no tanto por el escepticismo de los pirrónicos (como entonces se les llamaba) como por el asalto frontal de los cartesianos. El éxito de las ciencias naturales, sobre todo de las matemáticas, era demasiado amplio y asombroso para ser negado, sus verdaderos intereses, sin embargo se encontraban en otra parte. Por temperamento era un erudito clásico, un jurista que se dedicó a la historia del derecho, de las instituciones, especialmente a las del mundo de los romanos; fue devoto, intuitivo, erudito, imaginativo, sensible a las cuestiones de estilo, de mentalidad, de expresión —no a las de la estructura de los sistemas abstractos o a las propiedades cuantificables del mundo exterior. Pertenecía más bien a la tradición de aquellos que responden a las características intangibles y no analizables de la experiencia frente a aquellos que lo hacen ante lo que sólo se puede medir, definir, ser incorporado en un sistema científico transparente, estructurado lógicamente.

Fue él quien enarbó la bandera de la rebelión: admitió que todo lo que Descartes había dicho sobre las matemáticas era verdadero, demostrable, absolutamente claro e irrefutable; pero sólo porque las matemáticas no proporcionaban información alguna sobre el mundo. Las matemáticas son un sistema creado por la mente humana, como las jugadas de los juegos que se inventan arbitrariamente, aparecen completamente inteligibles precisamente porque han sido concebidas con este mismo propósito. Las matemáticas son una construcción humana: no son una transcripción de la realidad. Con valentía negó lo que se había creído desde Pitágoras y Platón: que las proposiciones de las matemáticas representasen verdades perfectas y eternas, encumbradas por encima del mundo de los cambios, representando las características más genéricas —el armazón, el esqueleto de la realidad. El mundo real, a diferencia de las matemáticas, no era en absoluto transparente: era opaco. Acudió a la antigua verdad cristiana según la cual sólo podemos entender realmente aquello que nosotros mismos creamos. Si, como Dios, alguien creara algo de la nada (para Dios conocer es crear), entonces podría entender lo que uno ha creado, simplemente porque lo ha creado —el producto de una voluntad libre creadora. Sólo Dios es capaz de comprender absolutamente el mundo, porque sólo Él lo ha creado. En cuanto al hombre, la naturaleza exterior no puede

resultarle enteramente comprensible, porque no la ha creado; somos capaces de comprender por completo la geometría, porque la hemos creado y seríamos capaces de comprender todo el universo material, si hubiéramos sido capaces de crearlo, pero no podemos. Hay algo en la ciencias naturales que se nos hace impenetrable, a saber, la materia misma, a la que sólo podríamos conocer, como si fuese *ab extra*, no como Dios, que quiso que así fuera, es capaz de conocerla y cuyo pensamiento es en un sentido. Son las matemáticas, las obras de arte, los sistemas jurídicos, las instituciones, las que, por haberlas creado, somos capaces de conocer, por así decirlo, desde dentro.

Esta doctrina, originariamente medieval, desarrollada a su manera por Hobbes, la utilizó Vico para trazar una línea entre dos tipos de conocimiento; cuya doctrina ya completamente desarrollada no apareció hasta 1710. Lo mismo que Dios conoce a los hombre, así, por ejemplo, Shakespeare (aunque Vico no utilice ese ejemplo) sabe qué significa ser Hamlet, porque fue él quien lo creó, pero por el contrario no sabe lo que es ser una roca o un árbol, porque no los creó. Podemos explicar a qué se parece un árbol, lo que le pasa, pero siempre desde la posición de un observador externo, sin poderlo “entender”, porque ni podemos ser árbol ni crearlo tampoco. Siempre hay algo en el mundo de la naturaleza que se nos debe mantener opaco, porque no podemos crear la materia. Es cierto que Descartes explica el conocimiento por medio de ideas claras y distintas, lo que funciona en el caso de las matemáticas, porque las matemáticas no están “en la naturaleza”, sino “en nosotros” y esto es lo que las hace cognoscibles, pero no ofrecen información alguna sobre el mundo.

Por lo que se refiere a la materia externa, la claridad y la distinción no son suficientes. “Cuando sufro, por ejemplo, no puedo reconocer forma alguna en mi sufrimiento; no soy consciente de los límites de mi angustia mental”; a pesar de ello, “la idea del sufrimiento es vívida y lúcida más que cualquier otra cosa”.² ¿Voy a decir que esto no es real, porque no es definible, mensurable o analizable en sus constituyentes atómicos uniformes? ¿Acaso dejan de ser reales las cualidades, sólo porque no se puedan entender como categorías cartesianas? Sabemos más de mecánica que de física, porque allí, como Hobbes había señalado, podemos manipular los componentes a nuestro antojo. Comprendemos nuestras propias manipulaciones, porque nosotros mismos las hacemos; pero la naturaleza exterior obedece leyes que no hemos hecho, que solamente podemos catalogar y describir, pero no comprender, no al menos como lo haría el que las hubiera hecho de acuerdo a su propósito. De aquí que las matemáticas, la física y las ciencias naturales en general no se conviertan en el ostentoso paradigma del conocimiento que han venido representando desde la época de los griegos hasta el Renacimiento y después de él.

Hay, sin embargo, una región en la que puedo saber más que esto, en donde no es preciso que me limite exclusivamente a catalogar uniformidades –qué ocurría cerca de qué, antes, o después de qué o simultáneamente a qué– sino que puedo preguntarme otras cuestiones: “¿por qué ocurrió esto?”, o “¿con vista a qué fin?” Si soy capaz de explicar mi propia conducta, entonces no solamente la describo, sino que además doy mis motivos, mis razones para actuar, el plan del que forman parte mis acciones. Interpreto la forma de vida dentro de la cual toman parte –algo que, al menos en teoría, puedo cambiar a voluntad, adoptar o rechazar, algo de lo que soy responsable. Hay claramente un sentido en el que invento mi propio comportamiento, al menos cuando actúo conscientemente; y aquí no sólo no vale preguntar qué está haciendo mi cuerpo, sino *en qué estoy yo*, con qué intenciones me muevo,

o qué pretendo conseguir. Esto es precisamente lo que no puedo hacer en el caso de los árboles, o de las rocas o de hecho con los animales, en cuyos motivos, si acaso los tuvieren, no puedo ni siquiera imaginarme adentrar.

Si soy capaz de inspeccionar y explicar mi propia conducta en términos de propósitos –en términos de esperanzas, temores, deseos, decisiones, dudas, amor, odio, interés propio y principios por demás– también puedo hacer lo mismo con los otros, porque por el mismo proceso de comunicación doy por sentado que ellos son las mismas criaturas que yo. Y si puedo hacerlo en el presente también puedo hacerlo con mi propio pasado, por medio de la memoria y las recreaciones de la imaginación; y puedo hacerlo además con quienes me encuentro ligado, con mi familia, mi tribu, mi ciudad, mi clase, mi profesión, mi nación, mi iglesia, mi civilización, con toda la humanidad. No conozco a los otros observando meramente sus movimientos corporales e infiriendo sus causas, como lo hacen los biólogos. Los entiendo por una analogía inmediata, por las respuestas que me dan a mí, por el puro fenómeno de la interacción. Criaturas semejantes a mí me hablan y las entiendo. En los tiempos civilizados usan un lenguaje desarrollado, pero los hombres también son capaces de comunicarse entre sí de otras maneras –con los gestos, por medio de jeroglíficos, cantos y danzas; a la escritura le precedió probablemente la palabra hablada. Hablan entre ellos, pero también le hablan a los poderes invisibles que creen superiores a ellos mismos, poderes porque los creen ser gobernados –los dioses de las primeras civilizaciones, las ninfas y dríadas de los griegos y romanos, el Dios verdadero de los judíos y cristianos. A ellos le hablaban con actos de reverencia.

Las instituciones del hombre son moldeadas por tales esfuerzos de comunicación, de expresarse a sí mismo, de crear un estructura común, que responda a sus creencias, sus esperanzas, deseos, temores, fantasías. Gracias a que somos hombres somos capaces de adentrarnos en la experiencia de otros hombres; podemos equivocarnos –semejante conocimiento no es infalible. Pero en la posibilidad misma de tal intercomunicación, basada como lo está en la comprensión de motivos, disposiciones, formas de vida, se halla en principio un conocimiento algo diferente del que tenemos del mundo exterior, que no puede ser, al final, más que un catálogo de lo que ocurre y cómo ocurre, sin entender por qué ocurre y sin que una pregunta semejante tenga siquiera sentido. Esta clase de comprensión es también distinta de la de las disciplinas formales: matemáticas, lógica, las reglas de un juego, que podemos entender de arriba a abajo, porque nosotros mismos las hemos creado, pero que (a diferencia del conocimiento que tenemos de nosotros mismos) no nos dan conocimiento alguno de la realidad, ni noticias de lo que hay. Este es el tipo de conocimiento que re-crea el pasado en nuestras mentes.

Esta fue la gran jugada de Vico. La consiguió alrededor de 1720, cuando se encontraba deslumbrado por el fascinante panorama de re-escribir la historia de la humanidad en términos de los actos de los hombres, fundada en la comprensión de sus monumentos, los helados vestigios de tales hechos; basándose no en los escritos de los historiadores, que en efecto pueden ser inadecuados o falsos, sino en lo que los hombres han hecho para comunicarse con otros, ya sean hombres o dioses: artilugios, palabras, obras de arte, instituciones sociales, que pueden ser comprendidas por otros hombres porque son hombres y porque estos testimonios son remitidos por los hombres a otros hombres.

Cuando leo un libro, u oigo a un hombre hablar entiendo lo que está diciendo, comprendo lo que está haciendo. La naturaleza es un libro sólo para Dios; pero las instituciones

humanas –los mitos, fábulas, las estructuras de lenguaje, los ritos, poemas, las obras de arte, leyes, las costumbres– han sido creadas por los hombres para expresarse a través de ellas, para que otros hombres con la necesaria simpatía imaginativa puedan entenderlas. Saber que un árbol es más alto que otro, o que el agua apaga el fuego, o que César venció a los galos, o cómo contar, o montar un caballo, son especies de conocimiento muy diferentes de saber lo que significa amar a su propio país, temer a Dios, tener celos de un rival, resistir a la tiranía, orar, tener hambre, ejercer la autoridad, defender un principio, ser un traidor o hacer una revolución.

La ambición de Vico era crear una ciencia verdaderamente nueva –una ciencia basada en la investigación de lo que los hombres han realizado, sido, hecho, sufrido, desde el punto de vista “de dentro”, de aquel que participa, no el del observador, por medio de un proceso, que, él insistió, era posible, aunque a veces extremadamente difícil– el “adentrarse” por medio de la fantasía –de la imaginación– en las mentes de los hombres alejados, de la sociedad en que se vive, en el espacio y el tiempo. Lo que se puede lograr al dejar que sus obras nos hablen directamente, procurando entender de qué manera vieron el mundo, qué quisieron hacer en él y con él, cómo se les apareció y qué intentaron para convertirlo en un lugar habitable, para comprenderlo, moldearlo, dominarlo y dominarse entre sí, entablar nuevas relaciones, crear, expresarse a sí mismo, actuar. Vico había leído a Lucrecio en su juventud. Lucrecio era un pagano y lo que es aún peor, un epicúreo ateo, lo que Vico, al ser un tímido miembro de una iglesia altamente autoritaria y poderosa, apenas si lo hizo notar; sin embargo tuvo una profunda influencia sobre él y en particular en su descripción de la humanidad surgiendo de la brutal barbarie hacia modos de vida más civilizados. Sólo por medio de un formidable esfuerzo, nos dice Vico, somos capaces de adentrarnos en las imaginaciones de aquellos hombres rudos, crueles y primitivos, que aunque tan diferentes de nosotros, siguen siendo, sin embargo, hombres, y por consiguiente, comunicadores, hacedores; y si lo intentamos lo suficiente, podemos, al menos hasta cierto grado, reconstruir su mundo. Cuando se aproximan a nuestros tiempos, resulta más fácil comprenderlos por intuición “empática”.

El principio fundamental sigue aún siendo que los hombres pueden verdaderamente entender sólo lo que han hecho; lo que mejor comprenden es lo que ellos mismos han hecho, pero también pueden entender lo que otros han hecho, porque la creación es colectiva, sobre todo en los tiempos primitivos. De ahí que los mitos, lejos de ser falsos cuentos sobre la realidad extendidos por perversos sacerdotes, impostores interesados en embaucar a las idiotizadas masas, u ornatos artificiales creados por los poetas para entretener y agradar, o por los filósofos con el fin de presentar sus verdades en una guisa más atractiva, son, de hecho, maneras de concebir y ordenar el mundo natural del hombre primitivo, los conceptos y categorías que gobiernan su visión. Cuando el poeta romano decía que todo está lleno de Júpiter, ¿qué puede, posiblemente, dar a entender? Por una parte, Júpiter era el tronador barbado, el padre de los dioses; pero también era el cielo. Para nosotros nada significa decir que el trueno es al mismo tiempo el ilimitado cielo; pero ha tenido que significar algo para aquellos hombres primitivos que articularon la visión de su sociedad, de suerte que la tarea consiste en ponerse uno mismo –por medio lo que Vico llama las ‘imposibilidades creíbles’– en una situación en la que se pueda empezar a tener algún indicio de lo que el mundo le debió de parecer a aquellos que se expresaron de esa manera, a quienes tales metáforas, imágenes y símiles les resultaban una forma natural de descripción y expresión.

Para los griegos Poseidón es tanto el dios que maneja el tridente como todos los mares del mundo, Cibeles es a la vez una enorme mujer y la tierra entera, Heracles es un héroe solitario pero al mismo tiempo múltiple. Hay un Heracles argivo, otro ateniense y otro tebano, es uno y muchos a la vez. El hecho de que nos resulte extraño, o acaso ininteligible, no significa que haya sido siempre así. Debe de ser posible (cree Vico) adentrarse en la conciencia de aquellos lejanos salvajes, ver el mundo como ellos lo vieron, y entonces y sólo entonces, nos resultará su poesía, mitos, sus instituciones, ritos, y toda su sociedad, de la que nosotros provenimos, inteligible.

Comprender es meterse dentro de la mentalidad de aquellos que les hablan a otros, y a quienes también podemos escuchar. Al trazar la historia de las palabras también somos capaces de delinear las actitudes que ellas han cambiado, su sentido, las cosas que esas palabras significan, el papel que han jugado en las vidas de aquellos que nosotros queremos entender. De ahí la importancia crucial de la historia de las lenguas. Las etimologías de Vico son a veces extrañamente imaginativas, la idea es después de todo nueva y fértil; el desarrollo del lenguaje no es simplemente una prueba de, sino una parte de la esencia misma del desarrollo de la conciencia, de la que el lenguaje es una expresión con la que forma una unidad. Lo mismo ocurre con la historia del mito y el arte, el derecho y la religión. La historia de la humanidad es la historia de las actividades de los hombres construyendo sus mundos y las historias de sus etapas constitutivas son la historia de las sucesivas actitudes hacia esos mundos, de las vidas colectivas en la que los hombres juegan tarde o temprano su propio papel. El arte no es un mero ornamento —es una voz que habla, un esfuerzo por encarnar una visión en una forma material concreta.

Vico cree que todas las naciones están destinadas a pasar por los mismos ciclos de cultura: del estado salvaje a los bárbaros y a una fugaz oligarquía, seguida por la plutocracia, democracia, libertad de expresión, escepticismo y decadencia; de la piedad, severidad, disciplina que da origen a una creciente permisividad hasta desmoronarse en la lujuria. Lo que le sigue es o bien la conquista de los pueblos endebles y degenerados a manos de una sociedad más fuerte que se halla todavía en un estadio primitivo de su propio desarrollo, o el regreso a una moral más firme reinstaurada por un gobernante inclinado a regenerar su sociedad (Augusto, por ejemplo; Vico por lo general piensa en Roma cada vez que piensa en el pasado); o bien la completa desintegración con la consiguiente vuelta a las cavernas, después de lo cual el ciclo completo se vuelve a iniciar³.

Sólo los judíos están libres de lo anterior, para ellos fue proclamada la verdadera palabra de Dios con la que seguir un camino consciente, en lugar de la evolución que Dios (o la Providencia) impuso a otros hombres sin revelarles necesariamente sus propósitos. Es sólo porque carecemos de imaginación histórica, por lo que la poesía de los antiguos y sus mitos nos parecen errores infantiles. Jamás comprenderemos la grandiosa poesía de los tiempos primitivos, los poemas homéricos, por ejemplo, si no entendemos la sociedad en la que constituían su visión y expresión natural. Homero para Vico no fue un solitario autor que creó sus poemas arbitrariamente en su cabeza como un poeta posterior lo hubiera hecho en cualquier otra época; era el pueblo griego entero el que celebraba sus heroicas formas de vida, como Dante en el correspondiente estadio del segundo ciclo, en la segunda Edad Media de la humanidad.

La noción de un orden predeterminado de civilizaciones en el que cada cual tiene su propia peculiaridad, su propio estilo característico, su propia vida, en el que todos sus aspectos están interrelacionados de tal manera en una estructura unitaria, que a ciertas clases de organización económica le corresponden siempre ciertos tipos de usos lingüísticos, de arte visual, creencias y formas religiosas y ciertos tipos de prosa —en realidad se trata de la noción de una cultura unificada por algún patrón central que determina todas las actividades de sus miembros— esta nueva idea es una de las concepciones más originales y fecundas de Vico. Equipado con ella, argumentaba, por ejemplo, que la aceptada tradición según la cual los romanos derivaban sus primitivas leyes de las Doce Tablas de Solón de Atenas era manifiestamente absurda. Semejante transmisión era históricamente imposible. Lo basaba en el tipo de latín hablado propio de la Roma en aquel tiempo —la lengua de las Doce Tablas— junto a lo que sabemos de las primitivas costumbres romanas tal y como se habían conservados en las leyendas (que siempre contienen alguna ‘base de verdad’, de sentido, de realidad) estas formas de vida y el lenguaje que sirve de vehículo son totalmente incompatibles con la cultura de la Atenas de Solón tal y como, por su parte, se manifestaba a través de su lenguaje, leyes, hábitos y monumentos literarios, de manera que no son traducibles la una en la otra. La sima cultural es demasiado vasta.

Este arte de periodización y atribución histórica, que nos posibilita decir no solamente que tal poema o vasija o clase de guerra no sólo no perteneció a alguna edad o cultura dada, sino que no pudo haberlo hecho al no encajar con otras manifestaciones de la época —la clase de conocimiento de la estructura de una civilización sobre la que las historias del arte, la tecnología, actividad económica (por poner unos cuantos ejemplos) se basan hoy en día— fue virtualmente inventada por Vico. El hecho de que nadie fuera de Italia lo leyera con cierta comprensión (y tampoco hubo tantos en Italia que lo hicieran) constituye un hecho triste y curioso. La influencia inmediata de Vico puede que se haya limitado a los juristas napolitanos; pero no por ello se ha de rechazar su propia originalidad.

La comprensión histórica es diferente de la manera en la que comprendemos y tenemos creencias sobre el universo exterior, del método científico, ya sea deductivo o hipotético-deductivo, o inductivo; de las ‘intuiciones’ metafísicas o del análisis conceptual (sea cual sea la manera en la que lo definamos); y de los métodos de las ciencias formales, la lógica, las matemáticas, la teoría de juegos, la heráldica y las demás —esta tesis, cualquiera que sea su grado de validez, es uno de los derechos de Vico a la inmortalidad. Lo mismo que su noción de que la naturaleza no es estática, sino fluente: que la naturaleza humana no es una esencia permanente, que como tal se pueda identificar en todos los hombres y en todas las épocas, como sostuvieron los defensores del derecho natural, sino un proceso constante de crecimiento, de *nascimento*, un llegar a ser, del que se deriva la *natura*; que todo lo que ocurre en la historia de la humanidad sólo puede tener lugar en su momento adecuado dentro del gran modelo cíclico.

De ahí que la queja de Polibio, de hace ya diecinueve siglos, de que los hombres puedan remediar sus errores y desatinos en el caso en que sólo los filósofos (no los sacerdotes) hubieran mandado desde el principio resulte absurda. Vico contesta a Polibio y a los racionalistas diciendo que la filosofía no sólo no se da, sino que no puede darse excepto en un estadio avanzado de cultura. El orden del desarrollo es inalterable: la magia precede al pensamiento racional. Los hombres ven al mundo de muy diferentes maneras y esas maneras

dependen del estadio que alcanzan: a cada estadio le corresponde su propio modo de visión y expresión. Así la belleza y el poder de los poemas homéricos pertenecen únicamente a la sociedad bárbara, gobernada por oligarcas crueles, ambiciosos y avariciosos, de la que ellos mismos surgen; de manera que no se pueden re-crear en una edad de disputas jurídicas, filosofía y prosa que carece de aquellas vívidas y espontáneas metáforas e imágenes que ofrecían la visión natural a una cultura bastante menos sofisticada y auto-consciente.

Si los mitos son una de las puertas por la que se puede delinear los movimientos de las mentes de los hombres, la visión del universo que encierran 'dentro'; las metáforas, no son, como en los tiempos modernos, un ornato intencional, artificial y barroco como las atacaban los críticos franceses en los tiempos de Vico, que contrastaban desfavorablemente tales licencias con la simplicidad clásica y la claridad de los grandes escritores del *Grand Siècle*. La metáfora, el símil, en el momento en que comenzaron, eran formas naturales de expresión. Si el poeta de la edad heroica hablaba de la sangre que hervía en sus corazones, lo hacía porque la condición de la rabia literalmente les parecía que se asemejaba más estrechamente a la condición física de hervirse interiormente que ninguna otra cosa en el mundo con el que estaban familiarizados. Cuando los hombres de esta 'edad de los héroes' hablan de las bocas de los ríos, los labios de las vasijas, los cuellos de la tierra, las venas del mineral o las entrañas de la tierra (o se refieren a la sonrisa del cielo, o al murmullo de las olas y al llanto de los tilos) no lo hacen para engrandecer el lenguaje ni con la intención de ser poéticos, o para comunicar verdades misteriosas y esotéricas, sino como una expresión natural y espontánea de la manera en que ellos sienten el mundo.

El animismo y el antropomorfismo son tipos de consciencia colectiva que pertenecen a y se extinguen con sus propias formas de organización social; la poesía que surge con ellas, como voz de un estadio particular de civilización, tiene un poder y altura que jamás volverán a repetirse en la historia del mundo hasta que se vuelva a alcanzar el mismo tipo desarrollo en el siempre cíclico movimiento de la historia humana. Esperar que los hombres primitivos describan su universo en lo que nosotros llamamos términos literales significa carecer de cualquier sentido sobre la manera en la que se desarrolla la humanidad y por consiguiente de lo que son los hombres, porque los hombres son lo que están llegando a ser, el principio, apogeo y ocaso. Lo que nos parecen deliberadas metáforas eran para nuestros antepasados formas naturales de expresar lo que veían, sentían, oían, temían –todo aquello que les rodeaba. Todo arte debe ser comprendido de esta manera, como una forma natural de interacción y expresión. Constituye, por esta misma razón, una puerta abierta hacia el pasado.

La noción misma de una forma perfecta de conocer lo que es verdadero o justo, la idea del derecho natural de que hay algo que cualquiera, en principio, puede conocer en cualquier época y lugar, tal y como la concibió Aristóteles y la mantuvieron hace ya tiempo los estoicos y Grocio en el siglo de Vico, le pareció completamente insostenible. Los seres primitivos ni viven ni pueden vivir sus vidas de acuerdo a principios invariables y atemporales; para ellos no existiría el desarrollo ni la noción de cambio histórico, sólo la eterna repetición, como ocurre en la vida de los animales. El hombre es una criatura que se autotransforma, la satisfacción de cada conjunto de necesidades altera su carácter alimentando nuevas necesidades y formas de vida: *está* en crecimiento perpetuo, guiado por la providencia, que se manifiesta a través de sus propias pasiones y vicios. No existe una "médula" fija e inalterable que sea común a todos los hombres en todos los tiempos; todo lo que tenga que

ver con la vida humana y la historia se puede sólo entender en función de un proceso. Este proceso resulta cognoscible, porque sigue un patrón inteligible del que él mismo, Vico, ha descubierto los principios eternos, un modelo en el que los factores espirituales se interrelacionan con los económicos y sociales.

Como otros innovadores de genio, cautivado por una nueva visión, Vico tiende a exagerar su caso. Euclides o incluso Tucídides fueron hijos de su tiempo, pero sus palabras se pueden entender (aunque no sea completamente) por aquellos que no los contemplaron en su propio contexto cultural. Las ideas de Vico, sin embargo, siguen siendo transformadoras. Es el verdadero padre del historicismo, de la sociología de la cultura, de la noción de validez de cada forma de arte o cultura en su propia época y, por consiguiente, el primero que se opuso a lo que Wyndham Lewis llamó una vez “el demonio del progreso en la artes”⁴. Antes que nada, distinguía la noción de lo que significa entender un chiste, un poema, un personaje, una visión, un sistema de valores, toda una civilización, del conocimiento científico y matemático, de las habilidades prácticas y el conocimiento ordinario de los hechos. A pesar de eso, es más famoso por la menos original y plausible de sus doctrinas: la teoría cíclica de la historia. La mala suerte que tuvo durante su vida le persiguió después de muerto.

Las grandes lumbreras de su tiempo lo ignoraron completamente. Un puñado de investigadores italianos hicieron lo que pudieron; discípulos —como Duni, Cesarotti, Filangieri— se esforzaron por extender su fama. Pero los más celebrados pensadores de su tiempo se quedaron sin conocer nada de su obra. Aun cuando el editor de alguna revista especializada, algún que otro erudito alemán, se hizo cargo de sus escritos (él mismo los hizo circular incansablemente entre las grandes luces de su tiempo), no existe evidencia de que Montesquieu, por ejemplo, los leyera. (Las afirmaciones de uno o dos últimos comentaristas que se hicieron eco de él parecen sin fundamento.)

Los juristas y críticos italianos se aprovecharon, en buena parte, de sus escritos y sostuvieron que lo mismo hicieron algunos escritores franceses. Pero no hay evidencia alguna de que Voltaire o Fontenelle, o Christian von Wolff, o Hume hubieran oído alguna vez hablar de él. Y sin embargo adelantó algunos de los más brillantes logros de la investigación clásica alemana del siglo siguiente. “Si Pitágoras advirtió que en una vida anterior había luchado bajo las murallas de Troya”, escribió Michelet en 1831, “estos ilustres alemanes podrían acordarse de que todos ellos vivieron antes en Vico. Todos los gigantes del criticismo ya se encontraban, en un amplio espacio, en el pequeño pandemonium de la Ciencia Nueva”. Ni el gran especialista de Homero, F. A. Wolf, ni el igualmente eminente historiador romano B. G. Niebuhr, demostraron un gran placer cuando este hecho se le puso ante su receloso conocimiento.

Coleridge y Thomas Arnold, Marx y Dilthey, Yeats y Joyce (el *Finnegans Wake*, por ejemplo, está lleno de ecos y alusiones viquianas) reconocieron su genio. Aún sigue sin ser leído fuera de su tierra natal, excepto por especialistas de la historia de la literatura y de las ideas. Los filósofos e historiadores de la literatura, con raras excepciones, todavía lo ignoran. Evidentemente es el destino de sus escritos, como el de la cultura humana de su propia teoría de *corsi* y *ricorsi*, que se lleguen a olvidar, para que surjan otra vez, logren una breve gloria, y caigan de nuevo en el olvido, hasta el siguiente ciclo, y así una y otra vez hasta siempre.

[Traducido del inglés por Enrique F. Bocardo]

NOTAS

1. Prefacio de 1869 a *L'Histoire de France*: Jules Michelet, *Oeuvres complètes*, ed. Paul Viallaneix (París, 1971-), vol. 4, p. 14; citado en la admirable introducción de M. H. Fisch a *The Autobiography of Giambattista Vico*, traducido por M. H. Fisch y T. G. Bergin (Cornell, 1963), p. 79.

2. *De Antiquissima Italarum Sapientia*, capítulo 4, sección 2 (cerca del final).

3. Una de las más brillantes formulaciones de Vico es lo que él llama "el segundo barbarismo" -la condición en la que cae una sociedad cuando la creciente lujuria, el materialismo y el egoísmo han destruido los vínculos sociales entre los que considera la autoridad religiosa como indispensable. Cuando ha tenido lugar, los hombres, aun cuando permanezcan unidos entre sí, "viven como bestias inhumanas en una suma soledad de espíritu y de sentimiento, sin que apenas dos puedan ponerse de acuerdo", ordinarios salvajes "debajo de delicadas palabras y gestos" (*Ciencia Nueva*, § 1106). Los críticos modernos de los efectos deshumanizadores de la 'sociedad post-industrial' difícilmente podrían mejorar esta descripción del hombre 'alienado'.

4. En un libro de este título (Londres, 1954).

5. Prefacio a la *Histoire romaine*: *op. cit.* (p. [1] más arriba, nota 1), vol. 2, pp. 340-1; citado por Fisch, *op. cit.* (*ibid.*), p. 78.

* * *

